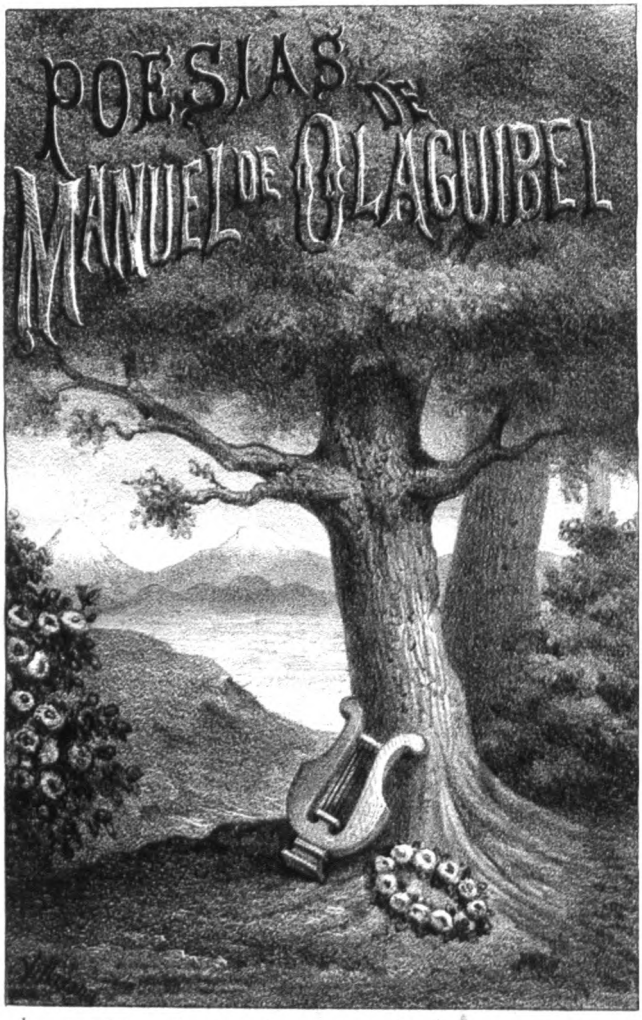

Lit de la Bohemia Literaria Portal del Coliseo Viejo 8.

Al Sr. D. B. F. Baro

Su amigo.

El autor.

Mexico Agosto 2 de 1873.

LA LINTERNA MÁGICA.

POESIAS

DE

MANUEL DE OLAGUIBEL

MEXICO.—1872

IMPRENTA Y LITOGRAFIA DE LA BOHEMIA LITERARIA

Portal del Coliseo Viejo número 8.

INDICE.

PAGINAS.

PRELUDIOS.

Jesus..... 5
La Madre..... 7
Junio 12 de 1856..... 8
Bien Supremo..... 9
Las Estrellas (Meditacion)..... 11
El Límite..... 13
Locomotora..... 17
Orfandad..... 19
Reposo..... 21
Flor marchita..... 23
Mi Tumba..... 25

Glosa de una copla de Jorge Manrique..... 29
Oracion. Para una niña..... 33
Filosofia del Amor..... 35
El Lago (Lamartine)..... 37
Flor muerta (Bryant)..... 41
De paz goce el que murió (Moore)..... 43
La Mirada (Desbordes Valmore)..... 45
Huyó el dia (Longfellow)..... 47

IDILIOS TROPICALES.

Primeros albores..... 51
El primer rayo de luz..... 53
El medio dia..... 55
Crepúsculo..... 57
La Noche..... 59
El Invierno..... 61
La Tempestad..... 64
El rio Alseseca..... 65
La vuelta de las Golondrinas..... 67
No me olvides..... 68
Lo que se oye en el jardin..... 69
Pervincas..... 71

CANTOS.

Primeras notas..... 73
Lo indecible..... 75

A*** 77
Sueño 78
Tu Mirada 79
Siempre. 81
Mi gloria 83
Ven. 84
Amor 85
Estancias 87
Amor tranquilo 88
Tú y yo 89
Cantar 90
Lágrimas. 91
Luz de luna 93
María 95

PROLOGO.

Las composiciones poéticas que forman esta pequeña coleccion, pnblicadas ya en su mayor parte en varios periódicos literarios de la capital, son bastante conocidas por los amantes de las bellas letras; y las distinciones que ellas han merecido á su autor, prueban su indisputable mérito. No obstante, no me propongo yo ahora escribir su apología, como tampoco hacer su juicio crítico: para lo primero, soy incompetente y sospechoso; para lo segundo, absolutamente incapaz. Amando con delirio la buena poesía, pero obligado por mis circunstancias á mirarla siempre como una encantadora sirena que procura apartarme con sus brillan-

tes seducciones del camino de mi deber y de mi porvenir; jamás podré juzgar con acierto y solidez los cantos de las Musas: soy, pues, absolutamente incapaz de hacer el juicio crítico de un poeta. Por otra parte, amigo del autor desde mi primera juventud, su hermano en aficion, y por decirlo así, confidente de sus cantos, su elogio sonaria muy mal en mi boca; y el público prevenido por tan sospechoso panegirista, haria tal vez responsable de mi imprudencia al autor, juzgándole y condenándole aun antes de leerle. Pero hay mas, ni él quiere, ni podria estimar mis elogios: si él hubiera querido una apología de sus cantos, nada le habria sido mas fácil que pedirla á cualquiera de sus muchos amigos, que se han hecho ya acreedores á la estimacion general por sus brillantes producciones. Un nombre de estos ya puede autorizar lo que encomia; pero el nombre oscuro é ignorado de quien esto escribe, es decir, de un pobre aficionado de las Musas, sin reputacion y sin méritos, ¿qué puede autorizar? Nada sin duda. Mas, lo repito, el autor no necesita ni quiere apologistas; y solo ha querido que vaya este desaliñado discurso al frente de sus cantares, para honrar á la amistad, asociando su nombre al de un amigo, como ha resuelto honrar el afecto conyugal, dedicando su

obra á la que es partícipe de su porvenir y de su nombre.

Por lo demás, él no hace profesion de poeta, ni quiere que sus producciones se reputen la obra de un maestro, sino ensayos de un alumno de las Musas, que se conforma con arrancar sus florecillas á las faldas del Parnaso, sin pretender encumbrarse hasta su cima, para adornar sus sienes con las ramas inmortales de sus gigantescos pinos.

Estas florecillas, pues, son las que hoy ofrece al público. Todas son ligeras como la juventud, y suaves y tiernas como el sentimiento que las ha dictado. En ellas no se encuentran, ni podian encontrarse, imitaciones de la antigüedad clásica: el autor ha querido que sus cantos sean exclusivamente mexicanos. Si pinta la naturaleza, nos pone delante de los ojos, en sencillos pero exactos cuadros, un delicioso paisaje mexicano; nunca es un ruiseñor, sino un zenzontle, el músico morador de sus selvas; y las flores que presenta á su amada, son las que matizan y embalsaman nuestros prados y jardines.

La poesía descriptiva, á pesar de sus encantos, ha sido acaso la menos cultivada, no sé si por la dificultad de su ejecucion. En efecto, los otros géneros traen en su auxilio las creencias, los afectos,

las pasiones humanas, y logran interesar el corazon, que una vez seducido, hace olvidar los lunares del poema; pero esto de tener al lector entretenido y contento solo con hacer pasar sucesivamente á sus ojos paisajes mas ó menos interesantes y variados, esto no se consigue sino cuando el pincel es maestro. Pues bien, para este género se hallan en nuestro autor disposiciones no comunes, como lo prueban todas sus poesías, pero señaladamente las que tituló «Idilios tropicales,» y en las que se hallan una verdad y una suavidad que las hacen muy estimables. El aprecio público es el mayor estímulo para el poeta; y no dudo que si las del nuestro son, como es de esperarse, bien recibidas, emprenderá con entusiasmo la creacion de alguna obra importante, que honre nuestra literatura.

Por ahora, él es ya ciertamente acreedor á la estimacion pública, aunque no sea mas que por haber pasado útilmente sus ocios, en un tiempo en que la mayor parte de las personas de su edad los consagran á pasatiempos frívolos, ya que no culpables. Y lo es mas todavía, si se atiende á que en todas sus composiciones no se encuentra una sola imágen, una sola expresion que pueda lastimar el mas delicado pudor, ni mucho menos un so-

lo pensamiento disolvente, de los que por desgracia han dado en llenar sus producciones los poetas modernos. El autor de estos poemitas es un poeta cristiano, y sus cantares podrán sonar sin peligro en los oidos de la juventud y de la infancia.

Otro escollo ha procurado y logrado evitar perfectamente: el de ese sentimentalismo afectado, que con sembrar sus frias arengas de inoportunos ayes, piensa haber producido la obra maestra de la sensibilidad y la ternura. Y si el evitar los defectos de su siglo es la primera obligacion del hombre que aspira al aprecio de la posteridad, no por eso es menos digno de elogio el que lo alcanza: ¡es tan difícil resistir á la impetuosa corriente de la caprichosa humanidad!

¡Ojalá todos nuestros escritores pensaran cuando toman la pluma, que van á presentar al tribunal de las generaciones venideras la defensa del siglo que los ha visto nacer!

México, Diciembre de 1872.

FRANCISCO DE P. GUZMAN.

A MI ESPOSA.

II.

Los niños escuchaban sus mágicas palabras,
Querian tocar las manos divinas del Rabí
La turba los aleja y entónces Cristo exclama:
«Dejadlos que se acerquen, que lleguen hasta mí.»

«Así como estos niños, así serán los buenos
Y gozarán por siempre de la eternal mansion.»
Las frentes infantiles conservan desde entonces
La marca sacrosanta del beso del Señor.

III.

Cruzábanse en las nubes, relámpagos contínuos,
Zumbaba entre las rocas terrible el vendaval,
Torcía el nudoso tronco la corpulenta encina;
Y yo no sé que voces oíanse sollozar.
En lo alto de los cielos, temblaban las estrellas
A la hora en que debiera el sol mandar su luz;
El Padre de los séres abrió sus brazos tiernos....
Y amando y bendiciendo así murió Jesus.

LA MADRE.

Toda madre ama desde el oceano
hasta las estrellas.—Michelet.

Alzo la vista al anchuroso cielo
Y veo al condor, al águila caudal
Que amorosos incitan al polluelo
Los primeras volidos á ensayar.

*

Los ojos fijo en la feráz pradera
Y en las aves y flores del jardin,
Y allí miro á la madre y donde quiera
Que se sufra la pena de vivir.

*

¿Por qué el hombre gozó de la vida?
¿Por qué puede al Señor adorar?
¿En qué tierno regazo se olvida
El punzante aguijon de pesar!

*

Es la madre, la luz de lo creado,
De la tierra la paz, la virtud;
Y se [illegible] grado
Desde el [illegible] á la bóveda azul.

JUNIO 12 DE 1856.

La luna mandaba sus rayos divinos
Bañando tu negra mansion funeral,
De hinojos orando, mi dulce María,
La tierra do yaces postreme á besar.
En vano mis ojos buscaban los tuyos,
Hermana ¿lo sabes? tus manos busqué;
Y en tanto ¡dichosa! gozando en el cielo,
Vivias para mi alma, llamábasme al bien.
Recuerdo tu frente de cándido lirio,
Tu cuerpo de vírgen, tu angélica voz,
Y pura y ardiente y extraña á la tierra
El alma sensible que díerate Dios.
Yo sé que en el fondo brillante del cielo
Bendices al ángel que me hace feliz
Y hossanas cantando, mi dulce María,
Tus ojos de madre se fijan en mí.

BIEN SUPREMO.

Madre ¿por qué á mis ojos
El mundo entero
Era un campo sin flores,
Triste y desierto,
Y ahora suspiro
Sin envidiar los goces
Del paraiso?

Los paisajes que un tiempo
Me entristecian,
Hoy forman el encanto
Del alma mia;
Mi sueño es dulce,
Dulce como la gloria
De los querubes.

—Oh madre ¿por qué cambia
La faz del mundo?
—Ay no delires niña,
Tu afan es sumo,

Tan solo el alma
Se trasforma al impulso
De la esperanza.

—¿A traves de qué prisma
Veré la tierra,
Que un eden delicioso
Mi vista encuentra?
—Lo sé mi vida:
A traves de otros ojos
La tierra miras.

Ay benditos los sueños
Que forma el alma,
Al recibir los besos
De la esperanza.
Y el bien supremo
Que en los amores puros
Nos manda el cielo.

LAS ESTRELLAS.

MEDITACION.

¿Alumbrareis tan solo mi camino
Celestes luminares;
Será vuestro destino
En los revueltos mares,
La ruta señalar del peregrino?

Sois en las noches dulces del verano,
Estrellas cintilantes,
El rastro sobrehumano
Que en signos palpitantes
Marca el curso del tiempo al aldeano.

Adorno sois de la divina altura
Y pasmo de la vista,
¿Y la inmensa ventura
Que la virtud conquista
Al hombre enseña vuestra lumbre pura?

¿Tan solo entre los mundos habitado
Será nuestro planeta,
Y en campo inexplorado
Podrá la mente inquieta
Marcar el hasta aquí de lo creado?

¿Y solo de la tierra son las flores,
La brisa embalsamada,
Los pájaros cantores,
La mar arrebatada
Y el vendaval funesto y sns horrores?

¿No habitan esos astros grandiosos
Mil ángeles divinos,
De cabellos undosos,
De labios purpurinos;
Entonando cantares deleitosos?

Arcano y nada mas, terrible venda
Que cubre nuestros ojos,
Que á la hora tremenda
Caerá, cuando de hinojos
Toquemos del Señor la dulce senda.

EL LIMITE.

Perdido en los espacios
Y en astro diamantino,
Contemplo los fulgores
Magníficos de Orion.
Avanso y asombrados
Mis ojos descubrieron
La chispa diminuta
Del gigantesco Sol.

¿Qué antorchas iluminan
Al astro grandioso
Que surca mil regiones
Tan lejos de lo azul?
Y que á mi vista ofrece
Auroras encantadas.
Crepúsculos feéricos,
Maravillosa luz?

Y avanzo, cruzo ansioso
Los mares infinitos,
Y báñanme los rayos
Del rojo Aldebaran.
Y lágrimas lucientes,
En el espacio inmenso
Las Pléyades divinas
No cesan de temblar.

Despues, astro gigante,
Oh luminoso Sirio,
Velos, magestuoso
Volabas hacia mí;
Y luego entre los campos
Lejanos de los cielos,
Brilló tu lus mas débil,
Desvaneciése el fin.

Los mundos estelares
Desplománse en la sima
Del éter y veloces
¿A dónde bajarán?
Deslúmbranse los siglos,
Los múltiples sistemas
En las eternas rutas
No han dado un paso mas.

La lira de los cielos
Estrañas melodías
Prosigue, cada nota
Un astro la formó.
Y todos esos himnos
Componen la plegaria
Que cantan las estrellas
El átomo y el Sol.

Buscaba entre los astros
Los límites do acabe
Lo inmenso, y asombrado
Los límites no hallé;
Fijábanse mis ojos
Tenaces en la altura,
Y ví la mano hermosa
Del infinito Sér.

LOCOMOTORA.

Allá va casi envuelta por la nube
Que entre chispas produce rebramando;
Salva el valle; y el monte y el torrente
Lejanos acercando,
Llega al mar y las ondas plateadas
Ven correr una luz incandescente,
Y huyen luego confusas y asombradas.

Y sigue su camino; las palmeras
Acarician su dorso acorazado,
Y el nardo, y el jazmin y la azucena
La inciensan con aliento perfumado.
Vive en los campos! cuando las alondras
A frasear comienzan sus saludos,
Y cuando el ruiseñor en la maleza,

Al rayo de la luna,
A preludiar empieza
Entre las sombras de un arbusto amigo,
Su cancion impregnada de terneza.
Y despues deja á un lado
Al hogar del labriego
Junto á la bien cuidada sementera;
Y tan solo su fuego
Cruza el valle, y el monte y la pradera
Que no el de horrible lucha fratricida.
Y sigue su camino; ¿cuáles dones
La fiera magestuosa nos prodiga?
La abundancia, de Dios osculo tierno;
La paz del hombre, la celeste amiga.

ORFANDAD.

¿Para qué brotará del alma mia
Una estrofa tal vez, tierna, sentida?
La angustia y el dolor, tal es mi vida,
Y para mi alma oh Dios, no hay porvenir.
Huérfano está mi corazon ardiente,
¿A quién dirigiré mi humilde canto?
Tristeza nada mas y acerbo llanto;
No tengo á quien amar, pobre de mí.

Yo he sentido en el fondo de mi alma
Una voz que de amor tierna suspira,
Si esa mágica voz trovas me inspira,
Calla en vez de cantar mi corazon.
¿Para qué he de cantar? nedie me oiria;
Ninguno endulzará mi amarga pena,
Tengo de amor, de angustia el alma llena,
Busco la realidad de mi ilusion

A veces en la noche silenciosa
Con tierno afan mi corazon palpita;
A veces en el prado se marchita
La violeta que el sol no llega á herir.
A veces vaga la brillante estrella
Para perderse en el remoto cielo;
Tambien mi alma infeliz tiende su vuelo:
Busca un ardiente amor que no hay aquí.

REPOSO.

Vosotras las de aliento de ambrosía,
Vírgenes puras que en mis sueños ví;
Pasad y no exalteis mi fantasía
Dejad á el alma en su quietud dormir.

Huid, volad, seguid el movimiento
De nuestras dulces ilusiones vanas,
Dejadla reposar en su aislamiento
Y no la desperteis voces lejanas.

Huye del labio fugitivo el beso
Que las almas embriaga dulcemente;
Así pasa tambien vuestro embeleso
Mentiras todas que abrigó la mente.

Si tanto sois aereas como hermosas
Volad lejos de mi wilis drïadas,
Angeles puros, ninfas voluptuosas,
Formas divinas, sí, pero soñadas.

Esa dicha en que el alma goza un dia,
Ese ensueño feliz, ora la hiere,
En destructor marasmo la estravía
Y al ver la realidad soñar no quiere.

FLOR MARCHITA.

Without my love there is no Spring.
Thomson.

En el triste destierro que es la vida
De amores languidesco,
Llevo en el alma dolorosa herida,
Y consagro mi inmensa idolatría
A una sombra, creacion del alma mia.
Y en el luctuoso, aterrador desierto;
Las penas me arrebatan
Cual pobre flor marchita,
Que el viento en sus oleadas precipita.
Era el amor en mis primeros años
Un inocenté afecto,
Entonces mi alma pura y candorosa
Fué la presa de amargos desengaños,
Al despertar del sueño
Que forjara mi jóven fantasía,
Sueño el mas dulce de la vida mia.

Soñaba el corazon grato embeleso
Que surge ante los ojos del proscrito
Y le hace contemplar con loco empeño
Aquel ideal bendito,
Que nos sonrie y nos mira tiernamente,
En medio de este mundo indiferente.
Una muger de negra cabellera
De ojos dulces, brillantes, soñadores,
Con su talle flexible de palmera
Y con la faz divina,
Que el vate en sus delirios imagina.
Así era mi vision, tenas mi vida
Por los campos seguiala del deseo,
Como el celage ténue y sonrosado,
Que de luto se viste
Cuando Febo su frente ha reclinado
Lanzando las tinieblas en el prado,
Como el angel de guarda cariñoso
Que en sueños mira el niño,
Como canto de amores deleitoso
Cual la mirada del primer cariño.
Así era mi vision, huyó por siempre,
Mas no sin desgarrar el pecho mio;
Desde entonces mi frente se ha rugado
Y es mi horizonte pálido y sombrío.
Y en el luctuoso aterrador desierto
Las penas me arrebatan
Cual pobre flor marchita
Que el viento en sus oleadas precipita.

MI TUMBA.

Expléndida la luna
Brilla en el cielo,
Las flores esmaltando
Y el arroyuelo,
Su luz de plata,
Va riclando en la linfa
Que la retrata.

El ruiseñor entona
Tristes querellas,
La bobeda parece
Jardin de estrellas.
Vírgen hermosa,
Diana sigue entre flores
Esplendorosa.

Entonces veo tu trage
Blanco cual nieve,
Flotante, vaporoso,
Que el aura mueve.
Y soñadores,
Me deslumbran tus ojos
Encantadores.

Emtonces sintió en mi alma
Que algo se agita,
Ardiente, enamorada
Por tí palpita;
Vive formando
Ilusiones que el tiempo
Va marchitando.

Mas dichosa es el ave
Que canta amores,
Las fuentes y las brisas,
Las gayas flores,
Si dicha quieren,
Un instante la gozan
Y luego mueren.

Agostada la dicha
La angustia crece;
Se marchitan las flores
Que el aura mece.

Todo está yerto
Y se oyen las campanas
Tocar á mnerto.

Al pasar por mi tnmba
Abandonada,
Oirás como snspira
Mi alma llagada.
Y soñadores
Fija on mi cruz tus ojos
Encantadores.

GLOSA

DE UNA COPLA DE JORGE MANRRIQUE.

En el valle de dolores,
Va peregrinando el alma
Sin consuelo;
Porque es un valle sin flores,
Donde se pierde la calma,
Triste suelo.
Pues que se pasa la vida,
La amargura de la muerte
Meditando,
«*Recuerde el alma dormida*
Avive el seso y despierte,
Contemplando».

Entre el alma á la existencia,
Con mil bellas ilusiones
Y dulzuras;
Mas al perder la inocencia,
Tormento dan las pasiones
Y amarguras.
«Adios ilusion querida,
Que triste quedo al perderte,
Sollozando.
«Como se pasa la vida,
Como se viene la muerte
Tan callando.»

Luna, fuente de tristeza
Que llenas los corazones
De poesía,
Cómo veré tu belleza
Si huyeron las ilusiones
Del alma mia,
Hermosa brillante ayer
Por el poder encantado
Del amor.
Cuan presto se va el placer,
Como despues de acordado
Dá dolor.

¡Oh que triste es la memoria,
De algun goze que es perdido
Y no volvió.
¿Qué es la vida transitoria?
Un tristísimo gemido
Que pasó.
¡Oh que horrible es comprender,
Como todo está gastado,
Y sin color.
Como á nuestro pareeer
Cualquiera tiempo pasado
Fué mejor.

ORACION

PARA UNA NIÑA.

De la tierra en el portico grandioso
Hay una ley
Grabada con el sello magestuoso
Del sumo ser.
La celeste creencia, la esperanza,
La caridad,
Precepto de dulzura y bienandanza
«Amad á los demas»
De la ignorancia descorred los velos
Con esa luz,

Solicitos mostradles los consuelos
De la virtud.
Inspirados los hombres practicaron
La idea de Dios
Y un balsamo precioso nos legaron
En la instruccion.
Guardad en vuestras almas su memoria
Con tierno amor,
Hermanas pronunciemos por su gloria
Una oracion.

FILOSOFIA DEL AMOR.

SHELLEY.

Si las fuentes van al rio
Y los rios á la mar
Y las nubes en el cielo
Se entrelazan sin cesar.

Si nada hay solo en el mundo
Por una divina ley:
¡Por qué no estrechas con mi alma
La tuya sér de mi sér.

Los montes besan al cielo
La onda el mar acarició
Y si alguna flor se olvida,
Es la flor que nunca amó.

El sol abraza la tierra
Y la luna besa al mar;
Mas dí ¿qué son esos besos
Si no me quieres besar?

EL LAGO.

(LAMARTINE.)

Así siempre impelidos hácia riberas nuevas
Hácia la noche eterna llevados sin cesar,
¿Acaso no podrémos del tiempo en el Océano
Nuestra áncora arrojar?

¡Oh lago! el año apénas acaba su carrera
Y cerca de tus olas do ella volver debió,
Mírame, ¡oh lago! solo, sentarme en esta piedra,
Donde ella descansó.

Mugias así terrible bajo profundas rocas,
Quebrándote en sus flancos, así te llegué á ver,
Así arrojaba el viento la espuma de tus olas
En sus amados piés.

¿Recuerdas? una noche vogábamos callados,
En la onda y bajo el cielo no oíase ni una voz,
Tan solo heria tus olas el ruido de los remos
En cadencioso son.

Y súbito un acento para la tierra ignoto
El eco en la ribera llegóse á despertar,
La onda estuvo atenta, y aquella voz que amo
Así se hizo escuchar:

«Suspende el vuelo, oh tiempo; vosotras horas dulces
Vuestro curso parad;
De nuestros dias mas bellos estas delicias rápidas
Dejadnos saborear.

Bastantes desgraciados aqui en la tierra os llaman,
Para ellos si, pasad,
Quitadles con la vida las penas que los matan,
Al dichoso, olvidad.

En vano unos momentos al tiempo que se escapa
Y que huye, pido yo.
Le digo yo á esta noche: mas lenta sé; y la aurora
La noche disipó.

Amemos pues amemos, de la hora fugitiva
Gocemos hasta el fin;
El hombre sin un puerto y el tiempo sin riberas
Corremos á morir.»

¿Y así tiempo celoso, estos momentos gratos,
En que el amor nos llena de inmensa fruicion,
Con la presteza misma han de volarse raudos,
Como dias de dolor?

¿Acaso no podrémos fijar su dulce huella,
Acaso esos momentos ya nunca tornarán,
El tiempo que los forma y el tiempo que los mata
No los devolverán?

Eternidad, y nada, y abismos. ¡oh pasado!
¿Adónde están los goces que haceis desparecer?
Hablad: ¿aun probarémos los éxtasis sublimes
Que nos haceis perder?

¡Oh lago! rocas mudas, grutas y oscura selva,
Vosotros estais libres del tiempo aterrador;
Al menos de esta noche guarda natura bella
El recuerdo de amor.

Que viva en tu reposo como en tus tempestades,
¡Oh lago! en tus colinas de aspecto encantador,
Que viva en los sabinos y en las salvajes rocas
Que están á tu alredor.

Que viva entre los ecos del zéfiro que pasa,
Que saben tus orillas tan bellas repetir,
Y que viva en el astro que con su luz argenta
Tus ondas de zafir

Que el viento que se queje, la caña que suspire,
Digan con los perfumes de tu aire enbriagador,
Con todo lo que se oiga, se sienta, ó se respire
Amáronse los dos.

FLOR MUERTA.

IMITACION DE W. C. BRYANT.

La enterramos cuando de hojas
Se desnuda la maleza,
Cuando los campos se visten
Con su nevada cubierta.
Allí dijimos llorando
La despedida postrera,
Sí, llorando, porque es triste
Que lo amado desparesca.
¡Ay! es propio de una vírgen
Tan inocente y tan bella,
Cuya vida fué perfume
Que con las flores se muera.

DE PAZ GOCE EL QUE MURIO.

IMITACION DE TOMAS MOORE.

Cuando la muerte me hiera,
Mi cabeza descansad
En un valle solitario,
Donde no puedan llegar
Voces que el aire conmuevan,
Ni el hechizo del silencio
Se atrevan á perturbar.

Donde no llegue un sonido
De la tumba en lo alredor,
Sino el del ave que canta
Y solloza en su cancion,
Repitiendo dulcemente:
De paz goce el que murió.

Mas si uu suspiro, señora,
Por mí llegas á exhalar:
Como el rayo con que el cielo
Hace al réprobo temblar,
Tu dulcísimo suspiro
Para mi alma así será.

Si ninguno por tu muerto
Pronunciare una oracion;
Sobre mi alma desgraciada
Fijaria sus ojos Dios,
Si dijeras solameute:
De paz goce el que murió.

LA MIRADA.

IMITACION DE MADAME DESBORDES VALMORE.

Deja, ya ví tus ojos que con su dulce brillo
Se unieron á otros ojos que brindan el amor,
Y yo no sé qué duelo mis párpados agobia,
No sé qué horrible noche rodea mi corazon.

Dijérase que opreso por una mano ruda
El fallo de su muerte no quiere resistir;
Mi bien, así te salvo de atroz remordimiento,
Ay! deja, no te amo.... porque deseo morir.

Y sola, abandonada, henchida de amargura,
Perdida la esperanza, bajé á mi corazon,
Y hallé tu imágen rota bañada con mis lágrimas:
¡Ay! ¿quién borró tu imágen robándome tu amor?

Tú solo, y aun quisiera creerte en mi desgracia;
He visto.... hermosos ojos te hicieron delinquir;
La dicha de los cielos soñaba yo ¡insensata!
Mas deja, ya comprendo, nací para sufrir.

¿Y tú por qué así lloras? no quiero ver tu llanto,
Allí están esos ojos que no quisiera ver;
¡Ay! déjame execrarlos, mas, lejos, por lo bajo,
Y oculta, silenciosa, mis lágrimas verter.

¡Oh! parte y sé dichoso, lo quiero y lo suplico;
Que vino tu amargura mi pecho á desgarrar;
Que muero pronunciando tu nombre en mi delirio,
Que siempre he de adorarte, no, nunca lo sabrás.

HUYÓ EL DIA.

(LONGFELLOW.)

Terribles las tinieblas
La noche de sus alas
Comienza á derramar.
Así como una pluma
Que desprendióse, al vuelo
Del águila caudal.

Las luces de la aldea
Brillando entre la lluvia
Y niebla, miro yo.
Y triste un sentimiento
Profundo, irresistible,
De mí se apoderó.

Despues un dulce anhelo
Que nunca á los dolores
Se puede comparar;
Y así como las lluvias
Seméjanse á las nieblas,
Así es para el pesar.

Recítame un poema
De aquellos muy sencillos,
Donde habla el corazon;
Y la constante pena
Que me abatió en el dia,
Sofocará su voz.

Mas no de aquellos grandes
Cantores elevados,
De fama perennal;
Al eco de sus pasos,
El corredor del tiempo
Se escucha resonar.

Y como notas graves
De música guerrera
Sus pensamientos son;
Incitan de la vida
Al afanoso empeño.
Y calma quiero yo.

Recítame unos versos
Humildes y sentidos
Que brote el corazon,
Así como de nubes
De otoño la llovizna,
Y el llanto del dolor.

De un bardo que entre dias
Y noches de trabajo,
Sin nunca descansar;
En su alma mil sublimes,
Maravillosas notas
Escuche con afan.

Aquestos versos pueden
Los últimos latidos
Calmar del sinsabor,
Así tras la plegaria
Recibe el que suplica
La santa bendicion.

Del tomo predilecto,
Un canto de tu gusto
Comienza á recitar,
Añade á los hechizos
De la brillante rima
Tu voz angelical.

Al eco de la música,
Los fúnebres dolores
Que hiciéronnos sufrir,
Como árabes que doblan
Sus tiendas y que huyen,
Deslizaranse al fin.

II.

IDILIOS TROPICALES.

PRIMEROS ALBORES.

Son las flores la gala
De primavera,
Y su aliento el aroma
Que el aura lleva.
Del bosque espeso
Un himno se levanta
Que sube al cielo.

El zenzontli entusiasta
Lanza sus trovas,
Los requiebros se mezclan,
De las palomas.

Y en dulces gamas
Las ternezas se cruzan
De rama en rama.

Y luego al valle
Desde la altura
Se despeñan las ondas
De la laguna,
Y sonorosa
Parece entre las zarzas
Que canta y llora.

De puro azul se tiende
La bóveda ancha,
Los volcanes ostentan
Su nívea falda;
La brisa sopla
Y raudas se persiguen
Las mariposas.

Son las flores la gala
De primavera,
Y tu el edon de mi alma,
Mi blanca estrella,
Porque eres dulce
Como el himno del bosque
Que al cielo sube.

EL PRIMER RAYO DE LUZ.

Era una tranquila noche
De la dulce primavera,
Enmudecian los arroyos,
Callaba triste la selva.
No se escuhaba un murmullo
De la loma en la aspereza,
Y exhalaban mil perfumes
En el prado las violetas;
El apogeo de la vida
Del silencio causa era;
Y callaba la florida,
Tropical naturaleza.
Tan solo de cuando en cuando
Encendianse en la pradera
Mil luces que fluctuaban
Como animadas estrellas,

Ya en el fondo del abismo,
Ya en un bosque de palmeras,
O el espacio atravesaban
Como ignífera saetas.
La luna sus resplandores,
Lanzaba dulce y serena;
Y callaba la florida
Tropical naturaleza.

Súbito cubriose el cielo
De una luz rosada y tierna,
Y levantóse un murmullo
Que atravesó la pradera.
Leve son como el preludio
De una triste cantilena,
Ardiente como suspiro
De enamorada belleza.
El sol era una caricia
De fulgor para la tierra,
Las flores eran perfumes
Y los pájaros endechas.
Con el rocío de la noche
Se adornaba la verbena,
Y saludaba con himnos
A Dios, la naturaleza.
Péro quién dirá las galas
Del bosque y de la floresta
A la hora en que el sol sus rayos
Asomó en la cordillera?....

EL MEDIO DIA.

El céfiro ha plegado sus bulliciosas alas,
Las plantas no se atreven sus hojas á mover,
El lago y las montañas reciben silenciosos
De fuego las caricias que manda el astro rey.

Domina fulgurando su luz vivificante
En el zenit de gualda el magestoso sol,
Y solo allá á lo lejos se escucha á la cigarra
Alzando en la maleza su cadenciosa voz.

Despues la brisa corre y bajo las palmeras
Cantando las huilotas ya vienen y ya van,
Y luego allá en las huertas de aromas impregnadas
Sus frutos encendidos agita el cafetal.

Ven, alma de mi vida, la bóveda sin nubes
Encierra en nuestras zonas el encantado eden,
Violetas y jazmines, y rosas he de darte
Para formar la alfombra do posará tu pié.

CREPUSCULO.

Et jam summa procul villarum culmina fumant.
Mayoresque cadunt altis de montibus umbræ.
VIRGILIO. EGLOGA 1ª

Del Ajusco en la falda
Ya el sol se pierde,
Y al llano inmensa sombra
Rauda desciende;
Las aves vuelan.
Para cesar sus cantos
En la maleza.

Y ya de los volcanes
La blanca cima,
Vistió con mil rosadas,
Suaves tintas.
El pico enhiesto
Refleja los solares
Rayos postreros.

El último suspiro
Que da la brisa,
Al pasar por los lagos
Sus ondas riza,
Al monte sube,
Conduciendo en sus alas
Aromas dulces.

Oid de los aldeanos
La tierna voz,
Cómo llega á los cielos
Con su oracion,
Y se acompaña
Con los lejanos toques
De la campana.

En las chozas del valle
Las chimeneas,
En blancas espirales
El humo ondean,
Y por lo espeso
De los tupidos bosques
Sale el lucero.

LA NOCHE.

Acabáronse las luces
Postrimeras de la tarde,
Y la bóveda se adorna
Con estrellas cintilantes.
Caen los rayos de la luna
Sobre níveos azahares,
Dibujando sobre el rio
Mil arabescos encajes.
La brisa, la dulce brisa,
Va moviendo al deslizarse,
Las imágenes que forman
Sobre la onda los rosales.
Entre los fresnos entona
La calandria sus cantares,
Y los repiten los ecos
De las florestas distantes.
Los junquillos delicados

Y el jazmin exhuberante
Derraman ya sus aromas
Por los ámbitos del valle.
Todo es luz, todo armonía,
En las noches tropicales:
Astros puros, diamantinos;
Cantos, perfumes süaves
La glorieta iluminada
Por estrellas á millares,
Contrastando con las sombras
De los sabinos gigantes.
Piérdese inquieta la vista
Entre oscuros chaparrales,
Donde alzan su tardo vuelo
Las luciérnagas brillantes.
Dulce luna, ¡cuántas veces
Castamente iluminaste
Con tus rayos cariñosos
Las miradas de mi ángel!
¡Cuántas veces exclamamos
Nuestras manos al tocarse:
Todo es luz, todo armonía
En las noches tropicales!

EL INVIERNO

La estacion que los campos matizaba,
Y aromas daba al monte, á la pradera,
La que en dulce ruido
En el mangle sonaba y la palmera,
Que regaba do quier sus tiernas flores
Ya del enhiesto monte en la garganta
O en el pensil ameno
A la sombra de verdes platanares
Y de blancos sabinos seculares.
Esa estacion pasó, vino el invierno
A marchitar jacintos y azucenas
Y rosas y jazmines,
Y con su aliento helado
La muerte va sembrando en los jardines.
Mueren las flores, callan los arroyos,
Se acaban los perfumes de la selva;
La nieve va formando

Una blanca mortaja para el suelo
Que en llanto luminoso
Baña la triste luna
Desde el azul profundo de su cielo.
De las tostadas hojas la caida,
Las lucientes estrellas,
La tierra con su nítida blancura,
El cierzo con sus voces de amargura,
Es la pompa invernal con su poesía
Que alumbra el sol brillando en el oriente,
Despejando las brumas matutinas
Con los dorados rayos de su frente.
Si las noches de abril tan perfumadas
Brillaban con sus galas seductoras
Como tropel de peregrinas hadas
Seguidas por las auras y las flores;
La blanca luna de Diciembre sube
Sin la sombra temer de alguna nube.

La vía láctea está allí serpenteando,
Reguero colosal de nebulosas,
Camino que las hadas van dejando
Con el menudo polvo
Que de sus blancas alas se desprende,
Cual lo dejan cambiando sus amores
Las níveas mariposas
Al posarse en el seno de las flores.

Un búcaro encantado es nuestro suelo,
Que abril llena de rosas,

Diciembre de heliotropos
Y de tiernas violetas aromosas.
En mi patria no hay sábanas de hielo
Son eternas aquí las gayas flores;
Bajo el azul purísimo del cielo
Siempre elevan su voz los ruiseñores.
Y como el manto de una vírgen mora
Con fulgores celestes adornado,
Así de invierno en las serenas noches
Se extiende nuestro cielo abrillantado.

LA TEMPESTAD.

Las nubes abren sus blancas alas
Sobre la tierra para volar,
Las aves forman su dulce nido
Entra las ramas del bejucal.

Y cuando el cielo tempestuoso,
Oscuro, dice que va á llover,
Los rayos cruzan sus flechas igneas
Sobre el nevado Citlaltepetl.

Corramos, niña, que ya sus gotas
Primeras manda la tempestad,
Oiremos solo lejanos truenos
En nuestro pobre, tranquilo hogar.

EL RIO ALSESECA.

Por su base las rocas escabadas,
Bordan tu cauce ¡oh rio!
Silvestres margaritas aromadas
Que extienden sus corolas amarillas,
Y laureles altísimos y oscuros
Esmaltan tus poéticas orillas.
Contrastan los furores
De tu curso veloz y estrepitoso,
Con los paisajes bellos
Que alumbra el sol lanzando
Sus últimos destellos.

Desde el hogar tranquilo
Lo mirabas correr impetuoso,
Amado Padre mio,
Y allí pasaste las felices horas,
Tan pocas de tu vida,

En que ya no el impío,
Amargo torcedor de los pesares
Tu noble corazon martirizaba.
Allí de las envidias olvidado,
La dicha del hogar recompensaba
Con sus dulces, benditas früiciones
Las luchas del patriota arrebatado.

Hoy vuelvo á ver las dulces margaritas
Y las quebradas rocas
Por donde tu corriente precipitas,
Y veo tambien sombrosas arboledas
Cuyas raices tocas

. . . . . .

Pero mi Padre me dejó, en los cielos
Goza las luces de la eterna gloria.
Y así como tú sigues murmullando
Para perderte en los rugientes mares,
Así al morir me perderé volando
Hasta ver á los séres bendecidos
En los inmensos campos estelares.

LA VUELTA DE LAS GOLONDRINAS.

ELLA.

Las dichas del amor son pasajeras,
Vosotras á los prados dais la vida,
Devolvedme mi amor, aves viajeras,
Devolvedme mi *fé*. mi fé perdida.

LAS AVES.

Dejamos la aridez y los abrojos
En las regiones de perpetuo hielo.

ELLA.

Me estraviaron á mí los dulces ojos
De un sér á quien llamaba «ángel del cielo.»

LAS AVES.

Volvemos á habitar nuestra pradera,
Venimos presagiando la alegría.

ELLA.

Oh! quién me volverá la primavera,
Las flores y la fé del alma mia.

NO ME OLVIDES.

Hay una flor de pétalos azules
Que nace á las orillas de la fuente,
Que acarician las auras dulcemente,
Que no abate jamas la tempestad.
No tiene aroma, no, pero es tan bella,
Que el genio protector de los amores,
Para hacerla brillar entre las flores,
Un emblema de amor le quiso dar.

—Si el olvido es la muerte de las almas
Y un recuerdo feliz les dá la vida,
¿Qué quieres, dijo el ángel, flor querida?
«No me olvides,» la flor le respondió.
Ese es su nombre, delicioso emblema
De un recuerdo de amor puro y eterno,
Es su perfume delicado y tierno
Que embriaga deleitando el corazon.

LO QUE SE OYE EN EL JARDIN.

Rosa, reina de las flores,
De los vergeles sultana,
Con tus brillantes colores
Erguida, noble y lozana.

Recibe á la mariposa,
Fatigada de volar,
Que te besa cariñosa
Su cantíga al entonar.

Rosa, honor de la enramada
Con tu follaje sombrío,
Con tu corola empapada
Por aperlado rocío.

Deja que duerma en tú seno,
Rico tálamo de miel,
Que no he de darte veneno,
Como la hormiga cruel.

Dijo así la mariposa,
Y la reina sonrïo,
Y en las hojas de la rosa
El insecto se durmió.

PERVINCAS.

I.

Pervinca, dulce pervinca
Cuyos pétalos son tiernos,
Y azules como los ojos
De la que amo con exceso.
Yo ví tu flexible tallo
De aljofar brillante lleno,
Cuál pugnaba por besarle
La punta de sus cabellos.
Al fin se inclinó la niña;
Y sale entonces del suelo
Una voz entre suspiros,
Como de virgíneo pecho.

II.

Nosotras queriamos, dicen
Las flores, en tu albo pecho
Descansar, y estremecidas
Perfumarnos con tu aliento.
Pues sabes que nuestras hojas
Son azules como el cielo,
Y que en la tierra nos llaman
Emblema de los «recuerdos.»
Porque pasa nuestra vida,
En abril como en invierno,
Sin temer los golpes rudos
De tempestad ó de viento.
Mas ya vemos que tus ojos
Tienen uu azul mas tierno;
Dicen, inclinan los tallos
Melancólicas al suelo,
Y las auras que afanosas
Volaron lejos, muy lejos,
Exclamaban: las pervincas
Están muriendo de celos.

III.

CANTOS.

PRIMERAS NOTAS.

Unico bien de mi cansada vida,
Oasis en un campo de tristeza,
Angel de bendicion, mujer querida,
Objeto celestial de mi terneza:
Escúchame por Dios, ya desfallece
Mi corazon ardiente,
Pues ya sea que reciba de tus ojos
La llama incandescente,
O que contemple tu ideal sonrisa,
O de tu rostro el óvalo perfecto
Con el dulce color de la azucena
Y tu alma virginal de encantos llena;
Siempre anhelo encontrarme ahí, á tu lado
Y adorando tu mágica belleza
Con el pecho tranquilo, descuidado;

Reposando en tus brazos mi cabeza,
Al Señor levantar el alma mia
En un canto de amor y poësía.
Escúchame, por Dios, mujer divina,
Feliz realizacion de mi delirio,
Pura como la estrella matutina,
Blanca como los pétalos del lirio.
Jamas he visto retratarse el cielo
En ojos mas hermosos,
Y nunca he contemplado en este suelo
Dos claveles de pétalos sedosos
Cual los que forman tu divina boca.
Jamas he visto palma cimbradora
Que se mueva y murmulle dulcemente,
Como tú, si te inclinas sonriente
Elevando tu voz encantadora.
Quién me diera una casa entre sabinos
A la ribera de azulado rio,
Circundada de arroyos cristalinos
Y habitada por tí, dulce amor mio.
Y allí forjar mil sueños de pureza
De un dulce porvenir lleno de flores,
Escuchando de noche en la maleza
A el ave que es el rey de los cantores.
Estrechando tu mano delicada
Mis lábios descansára en tu alba frente,
Al fulgor celestial de tu mirada,
En éxtasis de amor puro y ardiente;
Al Señor levantára el alma mia
En un canto de amor y poësía.

LO INDECIBLE.

Eres todo mi bien; en este suelo
Eres un ángel del Señor bendito,
Por do quiera que pasas, mira el cielo,
Mi ardiente corazon antes proscrito.

¿Vístes alguna vez brillo en las flores,
Cuando les falta el sol que les dá vida?
Pues sin tus dulces ojos soñadores,
Agoniza mi alma entristecida.

¿Habrá quien pintar pueda las bellezas
De un ocaso de sol en el estío?
¿Habrá quien reproduzca las ternezas
De la trova del ave en el umbrío?

¿Habrá quien diga cómo la montaña
El valle envuelve en densa oscuridad,
A la hora en que se mira en la cabaña
El humo levantarse del hogar?

No la puedo decir, pero la siento;
Esa estrofa de inmensa poësía,
Como es inexplicable el sentimiento,
Con que enagena tu alma el alma mia.

Temblando el corazon y la mirada
Con el edeu de mi alma embebecida,
Cómo poder hablarte, mi adorada,
Si está suspenso el curso de mi vida?

A****

Siendo brisa dejara yo las flores.
Los azulados lagos cristalinos,
Y los tiernos arroyos bullidores,
Para besar tus labios purpurinos.

Siendo perla, dejara yo mi lecho
En las inquietas ondas olvídado,
Por tocar voluptuosa tu albo pecho
Luciendo en él mi oriente nacarado.

Si de la blanca luna el rayo fuera
Que acaricia tu frente enamorada,
De su cándida luz me desprendiera
Por bañarme en la luz de tu mirada.

Y si fuera la flor, cuya belleza
Adornan los diamantes del rocío,
Por perfume tomara tu pureza
Y tu alma celestial por cáliz mio.

SUEÑO.

Qué dulces son los sueños que forja el alma mia,
Que raudos me conducen á una morada azul,
Allí todos sus goces me dá la fantasía;
Despierto, y esos goces me los prodigas tú.

Alumbra mis delirios tu angélica presencia,
Y miro en tu alba frente coronas de azahar;
Qué dulces son mis sueños, eden de mi existencia,
Y tal como ellos dulce, así es mi realidad.

Bellísima azucena que entreabres tu capullo,
Si Diana con sus rayos, de plata lo esmaltó,
Corriente que acaricias el alma con tu arrullo,
Estrella de mi noche, arcángel de mi amor.

Qué dulces son las horas que llenan tus miradas,
Tu acento melodioso, tu tierno sonreir,
Qué hermosas tus palabras, divinas, encantadas,
Qué dulces son tus ojos rasgados de zafir.

TU MIRADA.

Azules son tus ojos, mujer encantadora,
Con el azul divino de un cielo tropical,
Bañado por los rayos primeros de la aurora
Cuando la brisa suave comienza á respirar.

El alma que revelan esos tus ojos bellos
Es dulce y candorosa como el primer amor,
Mas pura que la estrella que anuncia en sus destellos
La próxima salida del astro brillador.

Si vieras lo que sufro, delicia de mi vida,
Si tus miradas tiernas no llegan hasta mí!
Mi cuerpo se estremece y tiembla mi alma herida,
Pensando en las tinieblas que guarda el porvenir.

¿Has visto los nocturnos, opacos nubarrones
Que ciñen con su velo la azul inmensidad,
Y luego se convierten en níveos pabellones
A la hora en que la luna comienza á fulgurar?

Mi vida así cambiaste con solo tu presencia;
Cual luna que se ostenta brillante en el zenit,
Llenaste de fulgores mi pálida existencia,
Fijándome tus ojos divinos de zafir.

Sin tí todo es tristeza: mi mente enamorada
Se agita bajo el peso terrible del dolor;
Tu amor, esa es mi dicha, mi goce tu mirada,
Tus ojos acarician mi pobre corazon.

SIEMPRE.

Como la flor lozana
Que levanta su tallo dulcemente
Ostentando el rocío de la mañana
En la ardiente y fecunda primavera:
Así te contemplé por vez primera.
Y tal como la estrella
Que aparece en la frente de la aurora
Entre ondas de magníficos celajes,
Así te apareciste al que te adora,
Y despejaste con divina mano
La bruma funeral de mi horizonte,
Así como una nube densa, oscura,
En el valle violenta el fin del dia,
Y ateridas de pasmo y de pavura
Las aves vuelan á buscar el nido,
Hasta que envuelta en luz, casta diosa
Comienza su carrera silenciosa.

Así reinaba en mi alma la tristeza,
Y envuelto en un dolor mudo y sombrío
Callaba el plectro mio:
Mas súbito cayó mi alma de hinojos,
Que me miraban tus divinos ojos.
  Porque eres para mí, lirio y lucero
Y brisa entre las flores susurrante,
Arrullo de las aves lisonjero,
Y rayo de la luna fulgurante.
Eres mi mundo, en fin, eres mi cielo,
Y no temo del tiempo los rigores;
¿Podrá acabarse el delicioso anhelo
Que me inspiran tus ojos soñadores?

MI GLORIA.

Yo siento arder en mi alma inmensa sed de gloria,
Yo quiero que mis cantos no mueran como yo,
Mas siento que supera tu celestial memoria
Y el curso de mis años se envuelve en el amor.

Si sueño en mis delirios un rayo de la fama,
Si á veces me entusiasma la luz del porvenir:
Todo eso, mi señora, lo quiere el que te ama,
Todo eso lo ambiciona tan solo para tí.

La gloria.... inmenso templo que llenan tus fulgores,
¡Oh luz indeficiente, sublime eternidad!
Fragante ramillete de inmarcesibles flores,
En donde tiene un trono, divina la verdad.

Lo gloria.... sin tus ojos es un lugar sombrío,
Que enluta de la noche fatídico el capuz;
Sin tí todo es oscuro, ¡oh dulce encanto mio!
La luz de mi existencia, mi gloria, eso eres tú.

VEN.

Vivir, vivir contigo, probando la dulzura
Del cielo, en los deliquios de nuestro eterno amor,
Oyendo de tus labios palabras de ternura,
Sintiendo los latidos que dá tu corazon.

Mirar con insistencia tus ojos cariñosos,
Bañarme en los reflejos de su amorosa luz,
Como hacen las alondras que en giros caprichosos
Se pierden del espacio en el profundo azul.

Si acaso en las tormentas que forman esta vida,
En mi alma descargára sus golpes el dolor,
Darianme tus miradas la dicha apetecida,
Salvárame en sus alas el ángel de mi amor.

Unidas nuestras manos y tu alma á el alma mía,
Unidos nos halláran la pena y el placer;
Aquestos son mis sueños, esta es mi poësía,
¡Oh tú que los realizas, ven, oh mi encanto, ven!

AMOR.

Fuego divino, fuego que se enciende,
Si tus miradas fijas en las mias,
Dulcísima ternura que se estiende
En el alma, suaves melodías,
Baladas cariñosas
Que suspenden mi aliento;
Cual si dejando el angustioso suelo,
Para oir los conciertos celestiales,
En alas de tu amor volára al cielo,
Y allí entre nubes ténues, carminadas,
En medio á un fondo azul como tus ojos,
Virtiendo luz y disipando enojos,
Vinieras, mi delicia, y tu alma hermosa
Con mi alma confundieras amorosa.

Mira cual se alza el sol, dulces cantores,
El prado alegran con su voz divina,

Ya se pierden los últimos fulgores
De la brillante estrella matutina.
¿No escuchas en la umbría
A la tierna paloma enamorada?
Contempla los reflejos ondulantes
De armónica cascada.
Ven, porque una alma bella cual la tuya,
Mil galas encontró en naturaleza:
Halla perfumes gratos en las flores,
En la cancion del ave halla terneza,
Sublime poësía
En el principio mágico del dia,
Ven con tus ojos á encantar mi vida,
Ven á darme ese eden que habia soñado;
Ven á darme tu amor. mujer querida,
Y en medio de una dicha continuada
Unidos cruzaremos este suelo.
Y así, sin separarnos,
Con un eterno amor dentro del alma,
Iremos á perdernos en el cielo.

ESTANCIAS.

Es la noche, mi bien, Diana esplendente
Sus rayos fulgorosos nos envía,
Ves su luz? muy mas dulce á el alma mia
Es la luz de tu frente.

La cresta de la sierra iluminada,
El suave aroma qué recorre el suelo,
Es muy bello ¿verdad? mas oye, el cielo
Lo tengo en tu mirada,

Todo un cielo de amor cuando te miro,
Siento en mi pecho ardiente, enamorado,
Si en él resuena el eco delicado
De tu dulce suspiro.

¡Ah! yo quisiera estar siempre de hinojos
Y consagrarte á tí toda mi vida,
Mi alma á la tuya estrechamente unida,
Mis ojos á tus ojos.

AMOR TRANQUILO.

No he visto del oceano tormenta bramadora,
Y nunca sus embates hirieron mi bajel,
Y nunca de las nubes la sombra aterradora
Cubrió con sus tinieblas la estrella de mi eden.

Yo vivo cabe un lago sereno y esplendente,
Cercado de violetas, jazmines y azahar,
Les rayos de una luna purísima y luciente
Contémplanse en sus ondas tranquilas rielar.

Un sueño, solo un sueño pesó en mi fantasía,
Mas presto disipólo tu dulce sonreir;
Perdóname te ruego, perdóname alma mia,
No quiero yo, mi encanto, que vuelvas á sufrir.

Si acaso entre los goces del tiempo venidero
Se alzára mustia y triste la estrella del dolor,
No escucharias, señora, mi acento lastimero,
Lo acallarian las voces de tu inefable amor.

TÚ Y YO.

Bruma que sale de la cascada
Y el prado opaca con su vapor,
Campiña mústia y abandonada;
Eso soy yo.

Nube de aurora que va ligera
En lo alto siempre del cielo azul,
Pensil fragante de primavera;
Eso eres tú.

Tú eres el lirio que el valle aroma
Sin que lo hiera la luz del sol,
Tú eres el canto de la paloma,
Y el eco yo.

II.

Oir de tus labios palabras divinas
Que borran por siempre del alma el dolor;
Sentir que se acaban las rudas tormentas,
Al ver tus miradas radiantes de amor.

Perdido en un cielo de inmensa ventura,
Tu mano de reina gozóso estrechar,
Y luego los ojos bañados en llanto,
Feliz y á tu lado por tí suspirar.

Verter con delicia la sangre del alma,
Hallar realizada mi dulce ilusion;
Así es como lloro, mi vírgen amada;
Aqueste es el llanto de dicha y amor.

LUZ DE LUNA.

Sentado en mi barca, bogando en el rio,
Al rayo esplendente del astro de amor,
Pasando entre flores de aromas divinos,
Al cielo en que vives, dirijome yo.

Ya la barca va pasando,
Ya las flores van cayendo
Sobre el rio murmurrdor.
Ya la nube está velando
A la luna, ó ya saliendo
Las riberas alumbró.

Mi remo levanta fantásticas perlas,
Descubro á lo lejos la luz de mi eden,
Ya pulsa la lira mi mano agitada;
Al pié de tus rejas, señora llegué.

Niña, son dulces tus ojos
Y tan rasgados,

Azules, amorosos
Y apasionados.
Veréme en ellos
Y tocaré la punta
De tus cabellos,

No quiero ver el mundo,
Quiero admirarte,
Y aislado en mi locura
Idolatrarte,
Dejar el suelo
Y embozado en tus alas
Subir al cielo.

Cuando me miran tristes,
Tus bellos ojos;
Como flor abatida
Caigo de hinojos
Porque tú sola
Tienes en tu alba frente
No sé que aureola.

En alas del canto las almas se estrechan,
Gozosas cruzando regiones de amor;
Si escucho tu dulce, melódico acento,
Al cielo en que vives, diríjome yo.

MARIA.

Bajo el techo sagrado y bendecido
De un hogar calentado con el fuego
Que brota el corazon de madre tierna,
Se oyó el primer quejido
De una niña infeliz; que es ley eterna
Y estraña introduccion á nuestro duelo
Penetrar sollozando en este mundo
Con la sonrisa reservada al cielo.

*

Tan pura como afecto de una madre,
Así llegó María,
A su apacible y dulce primavera;
Y sintiendo tal vez que no existia
Aquí, en la tierra el ser de sus amores,
Fué su pasion primera
Una planta sin frutos y sin flores.
Ella le daba el sol y juntamente
La debida frescura,
Y mas que sus cuidados sus caricias,
Y en llanto de tristura
Las ojas moribundas rociaba.

*

La dulce madre de las nuevas flores
Esmaltó on sus galas la pradera,

Sin que en la planta pobre de María
Entre las hojas una flor naciera.

*

Deliras por hallar en este suelo
Una flor nada mas en tu camino,
Ven angel á mi gloria,
Dijo el Señor, existen en el cielo
Esos séres soñados y amorosos
Cuyo solo destino
Es sufrir en la tierra
Hasta que ornados por la luz divina
Con las etéreas refulgentes galas.
Despiertan asombrados en los cielos
Y tienden hácia mí sus blancas alas.

*

Así como el viajero
Que volviendo al país de sus mayores
Contempla la lejana serranía
En cuya falda las primeras flores
Cortó paro adornar á su querida
En las tiernas y dulces alboradas
Que nos dicen amor y poesía;
Los horizontes mira
Dirigiendo sus ojos al pasado,
Y gozoso suspira
Porque en aquellos valles
No es: el desterrado.
Así al morir la virginal doncella
A su pecho bajó santa alegría
Porque á su patria bella
Llegaba entre dos ángeles María.